

De la villa al barrio: estigma social y post-relocalización urbana

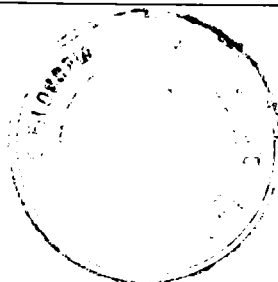
Autor:
Herrán, Carlos

Revista
Runa: archivo para las ciencias del hombre

2003, 24(1), 273-296



Artículo



DE LA VILLA AL BARRIO: ESTIGMA SOCIAL Y POST-RELOCALIZACION URBANA

*Carlos Herrán**

INTRODUCCIÓN

Las ciudades latinoamericanas presentan característicos «enclaves de pobreza», aglomerados de viviendas de diferentes niveles de precariedad y carentes de servicios urbanos básicos, cuyo rasgo dominante es la posesión ilegal de la tierra sobre la cual se asientan. Han recibido nombres como favelas, callampas, barriadas, cantegriles, bidonvilles o villas miseria, que denotan en general el mismo fenómeno social urbano.

En un trabajo considerado hoy pionero por sus alcances teóricos, Anthony Leeds, a fines de los 60, definía a estos asentamientos (squatter settlements o squatments) como «una categoría de áreas primordial y predominantemente residenciales cuyas únicas características identificatorias uniformes son su origen ilegal y desordenado por medio de invasión creciente u organizada». Al poner el énfasis en las determinaciones estructurales de estos asentamientos, Leeds sostenía que «crecen principalmente como respuestas a mercados de viviendas deficientes en su oferta para agregados de personas de ciertos niveles de ingresos, cuya residencia en un squatment implica una elección entre otras posibilidades para resolver problemas de la vida».

* Director del Programa de Antropología Urbana. Fac. de Filosofía y Letras, UBA. Profesor titular, regular, plenario de la materia Teorías Antropológicas Contemporáneas

Lo que sigue son algunas reflexiones que tienen como eje articulador el proceso de relocalización de una villa miseria del conurbano de Buenos Aires. Los habitantes de las villas son portadores de identidades estigmatizadas provenientes de diversos ámbitos, que en cierta medida son asumidas por ellos mismos. La relocalización forzada, con toda su carga ambivalente de promesa de una vida mejor y abandono de la seguridad habitual afincada en el ámbito vecinal y en las estructuras asistenciales, plantea profundos cambios en la identidad de los relocalizados. Desvillerizarse es asumir nuevas identidades sociales, es desprenderse de la marca asociada al espacio urbano estigmatizado y a sus habitantes. Pero no todos logran iniciar una nueva vida: muchos regresan a la villa acosados por la incapacidad de sobrellevar la pérdida de sus redes informales de ayuda mutua vecinal y su eliminación de la condición de pobres asistidos, debiendo afrontar además nuevas obligaciones monetarias. La identidad afronta siempre situaciones de riesgo: el villero inferiorizado socialmente lucha por diferenciarse, y al mismo tiempo encuentra en la villa sus estrategias de supervivencia. El período de adaptación a estas nuevas condiciones aparece como particularmente crítico.

LA IDENTIDAD VILLERA

La identidad social, ese sentimiento de pertenencia a un grupo humano, es siempre, sostiene Hobsbawm, «una cuestión de contexto»: somos seres multidimensionales y optamos en diferentes circunstancias por autoidentificaciones sólo momentáneamente excluyentes de otras en que podríamos estar involucrados. (Hobsbawm, 1993). Si bien, como expresa este autor, en el siglo XX la mayoría de nosotros hemos elegido identidades ligadas al estado territorial, la relación entre identidad y espacio ha sido una constante histórica, paralela a otras adscripciones (etnicidad, linaje o religión). Tal como señala Marc Augé «el dispositivo espacial es a la vez lo que expresa la identidad del grupo (los orígenes del grupo son a menudo diversos, pero es la identidad del lugar lo que lo funda, lo reúne y lo une) y es lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido».(Augé, 1993)

En el mundo urbano la producción social de identidades se desarrolla a través de acciones comunicativas de los actores sociales conformando patrones de significados, a través de procesos de acuerdo, transacción, negociación y lucha. El espacio urbano se organiza y se comprende en torno a estos patro-

nes de significado, configurando mapas, derroteros, recetarios y marcas visibles e invisibles que permiten elaborar un modelo de la ciudad y actuar en consecuencia.

Vista desde esta óptica, la gran ciudad es como una gran construcción ideológica hecha de fragmentos de historia, tradiciones populares, marcadores espaciales, piezas literarias e imágenes generadas incesantemente por publicistas y comunicadores sociales. La ciudad aparece como una densa red simbólica en permanente construcción y expansión (Silva, 1992). Se la descubre «desde los imaginarios con que la gente construye y reapropia la ciudad, que así mirada nos descubre las diversas ciudades que la conforman: no sólo las que demarcan las topografías de los planificadores y urbanizadores sino aquellas otras que producen/revelan la topología simbólica y sus territorios imaginarios» (Martín Barbero, 1992)

Pero qué ocurre cuando el espacio en que se habita se convierte en fuente de las identificaciones de los otros? ¿Qué ocurre cuando surgen estereotipos fundados en la adscripción a un determinado habitat, producidos por sectores ajenos al mismo? Este mecanismo de asignación de identidades no es nuevo y a menudo reviste connotaciones peyorativas: términos como «villano» (que significa habitante de las aldeas pero también «ruin, indigno o indecoroso»¹) «orillero» o «arrabalero» denotando al habitante de los barrios de las afueras e igualmente a la persona de modales groseros² al igual que el «rústico» o el «pajuerano» (argentinismo que significa «el que frecuenta poco las ciudades, y que se equipara a «ignorante e inculto»³) se constituyen alrededor de una dicotomía centro vs. periferia, o también hegemónico vs. subordinado o subalterno, en que las caracterizaciones provenientes de los sectores dominantes, inferiorizan, repudian o ridiculizan a los sectores subordinados.

El habitat popular de Buenos Aires ha sido frecuentemente fuente de asignación de identidades inferiorizadas: al orillero de antaño se agregó el «conventillero» surgido del gran aluvión inmigratorio finisecular. El término trasciende el sentido de «habitante de un inquilinato», y significa hasta el día de hoy pependenciero, entrometido e indiscreto, indiferente a la privacidad propia y ajena, denotando supuestamente el estilo de vida y las formas de sociabilidad propias de las grandes casas de inquilinato de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo.

En los albores del siglo XXI, en las ciudades latinoamericanas se sigue alimentando procesos de exclusión urbana, tanto más acentuados en cuanto el

ajuste neoliberal implica la acelerada retirada del Estado de todo compromiso con el otrora reconocido derecho a una vivienda digna. Casas tomadas, conventillos, sórdidos hoteles y pensiones, se suman a un indicador más visible, doloroso e irritante: la villa de emergencia, villa miseria, o más habitualmente, «la villa». Esta, sin duda no es un modo de asentamiento absolutamente marginal: diversos sectores del estado han intervenido frecuentemente en su conformación, supervisando, controlando y hasta fomentando su poblamiento, en un marco de permanente negociación con sus habitantes. Estos, los villeros, constituyen para el conjunto de la población urbana los marginales por antonomasia, los otros, los antisociales, confinados por su ubicación espacial más allá de los valores compartidos por la comunidad.

Pero no podemos resolver la cuestión de «los unos y los otros» de manera simplista: los habitantes de los espacios sociales cuestionados no son ajenos a estas categorizaciones, no constituyen «subculturas» aparte, sino que participan en forma ambivalente de los estereotipos que sobre ellos se han forjado, tratando al mismo tiempo de diferenciarse de ellos, de anteponer su subjetividad, su historia personal, sus afectos, e incluso su apego a las normas de la sociedad global.

Es a partir de estas reflexiones que nos acercamos a la problemática de la identidad en las eufemísticamente llamadas villas de emergencia del Gran Buenos Aires, conocidas como «villas miseria» (ironía que ya es hoy casi imperceptible), o más frecuentemente «las villas». De sus habitantes, los «villeros», nos ocuparemos en este artículo.

ESTIGMA Y ESPACIO URBANO

Ervin Goffman ha llamado la atención hacia el fenómeno de la identidad deteriorada, la situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social (Goffman, 1970). Nuestro trabajo de muchos años en villas del Gran Buenos Aires, evidencia las múltiples dimensiones de este hecho: discriminación laboral («no te toman en el trabajo si sos de la villa»), educativa («lo que pasa que a esta escuela vienen chicos de villa y no se puede enseñar casi nada»), social («no se puede invitar compañeros de escuela de los nenes porque vivimos en la villa»), y ciudadana en general, incluyendo razzias policiales indiscriminadas, la inseguridad jurídica de sus habitantes y en muchos casos la negación de todo derecho. En el área educativa, sostienen Casabona y Guber,

«la discriminación es mayor por parte de sus propios compañeros de estudio o sus padres que por parte de las autoridades escolares»

Quienes hemos realizado trabajo de campo en zonas urbanas marginales hemos podido constatar en las primeras entrevistas, cuando somos aun «los de afuera generalizados» esta constante de «administración de la impresión» en la «presentación del self» de nuestros entrevistados, la fachada que se presenta al mundo exterior. (Cf. Goffman, 1973) También observamos que se pone en juego aquello que Zemelman denomina «subjetividad constituyente», i.e. la capacidad social para construir sentidos, lo que supone una construcción de realidades en una determinada articulación de tiempos y espacios. En palabras de este autor, «las construcciones de los sujetos y sus identidades ... están agujereadas por fracturas de todo tipo (miedos, culpabilidades, condiciones de clase, de ecosistema, de ideologías”». (Zemelman, 1994).

Más allá del estigma individual que pesa sobre sus habitantes, la villa es un estigma en sí para el conjunto urbano, algo lacerante, doloroso, símbolo permanente de la desigualdad social, que trata de enmascararse a través de discursos ideológicos a veces promovidos por los medios, a veces habituales en el ciudadano común, que piensa de buena fe que los villeros no deben tener los mismos derechos ciudadanos que el resto de la población. Dando cátedra de sociología espontánea, nos dice Pepe, un taxista :»Porque el indio tiene una cultura, también el campesino, pero los negros de la villa, qué cultura pueden tener?» Permanentes connotaciones racistas aparecen en el discurso popular sobre el villero: «los negros de la villa», es una de las expresiones habituales, en este discurso racista que proyecta al otro fuera de la condición humana plenamente reconocida.⁴

Hay una teorización del estigma, leyendas acerca de la barbarie de los villeros que no supieron usar las viviendas recibidas, haciendo fuego para asado con las tablas del piso y colocando plantas en las bañeras (esta vieja historia nos fue contada alguna vez por los mismos villeros). Como dice Goffman, el que tiene el estigma no es totalmente humano, hay que domesticarlo.

Podemos hablar de una triple raíz en la constitución de la identidad del villero. Por una parte analizamos cómo se ven a sí mismos, en segundo lugar, cómo los ve «el sentido común», y finalmente como los ven los agentes del Estado, del sistema asistencial que tratan con ellos diariamente.

A) AUTOIMAGEN: CÓMO SE PRESENTAN A SÍ MISMOS

Tal como apuntábamos más arriba, hay una «administración de la impresión», una cierta actuación para el antropólogo, en sus comienzos un entrevistador proveniente «del otro lado». Una adecuada aplicación de la reflexividad etnográfica nos lleva a asumir la distancia social que percibe nuestro entrevistado, distancia cuyo achicamiento formará parte del lento y trabajoso proceso del trabajo de campo antropológico. Pero en estas primeras entrevistas tenemos la posibilidad de conocer al otro tal como se presenta ante un desconocido del mundo exterior, provisto de educación universitaria y quizás conectado con personas influyentes. La consigna es entonces diferenciarse de su entorno, de sus vecinos. Señalar que en realidad no son «villeros», sino que viven en la villa. Expresar juicios condenatorios hacia otros vecinos que sí responden al estereotipo del villero: «aquellos son vagos, éstos son borrachos, algunos viven como animales...» Por contraste, el discurso exalta las virtudes de nuestros ocasionales interlocutores. Frecuentemente el prejuicio étnico sirve de vehículo para rescatar al conjunto de los villeros: «aquí se vivía bien hasta que llegaron los chilenos. Son pependieros, borrachos, ladrones, ellos trajeron la droga» Observaciones similares aparecen en Casabona y Guber (1985, cit.) quienes concluyen que la necesidad de diferenciarse de otros villeros conduce a la reproducción del prejuicio dentro mismo del medio perjudicado.

A medida que nos vamos adentrando en el mundo de las familias que constituirán la muestra del estudio (a quienes en parte hemos elegido, pero también hemos sido elegidos por ellos) aparecen ligazones estrechas y profundas con el vecindario, y descubrimos en su cotidianeidad aquella suma de pequeños intercambios materiales y simbólicos que constituyen una de las estrategias básicas de supervivencia de estos sectores sociales (Lomnitz, 1975). La contradicción sin embargo es aparente: la vida cotidiana está poblada de solidaridades y agresiones, y transacciones no siempre voluntarias:

«...en esa casa viven una familia de prostitutas. Andan siempre con cuchillos, se emborrachan. Me retaron en la Municipalidad porque las dejé ocupar una casa de un viejito que murió. Pero yo tengo que vivir acá, no quiero tener problemas».

En este fragmento discursivo, María, promotora social municipal, residente en la villa, revela por una parte los mecanismos de control estatal sobre las viviendas villeras, y por otra las presiones vecinales. Tomada entre dos

fuegos, debe adaptarse a la cotidianeidad del adentro y responder ante la sociedad de afuera.

No debemos ver en esta presentación de la persona, este diferenciarse del entorno social, simplemente un hecho de simulación. Porque algunos de nuestros entrevistados construyen una auto imagen a través de esta diferenciación, que les ayuda a pensar que pueden salir de la situación en que se encuentran; o pueden planificar estrategias de acumulación (compra de muebles, y electrodomésticos) que les permitan el día de mañana dar el gran salto. El diálogo con los de afuera contribuye entonces a crear ante sí mismos una imagen aceptable; aceptable para sus proyectos de vida futura.

Retomando lo que dice Zemelman, la subjetividad constituyente está hecha de memoria y también de visiones de futuro. Hay una dialéctica entre memoria y utopía que reconoce que hay opciones, que se relaciona con la capacidad para construir proyectos (Zemelman, 1994, cit.)

B) LOS VILLEROS Y EL «SENTIDO COMÚN»

«El sentido común, ha dicho Clifford Geertz, impone un aire de «obviedad», un sentido de «elementalidad» sobre las cosas». Naturalidad, practicidad y transparencia constituyen sus tres cuasi-cualidades principales (Geertz, 1994). Tempranamente la teoría sociológica formuló una invitación a romper con estas prenociones (Durkheim, 1970), invitación renovada por una tradición bachelardiana que exhorta a conquistar el hecho en contra del saber inmediato, y a desechar la «ilusión de la transparencia» (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1975). El sentido común es una construcción de la memoria colectiva, y esta memoria en la sociedad de masas no se remite sólo a la «pequeña tradición»: recibe un poderoso impulso de los medios de comunicación, por más que los mensajes provenientes de aquellos sean reinterpretados según las claves de la cultura vecinal y familiar. En épocas recientes los discursos oficiales alimentaron la hostilidad hacia los ocupantes de espacios ilegales. Los villeros fueron duramente hostigados durante la dictadura militar, especialmente aquellos residentes dentro del perímetro de la Capital Federal. El hostigamiento no sólo se tradujo en acciones de relocalización compulsiva, sino que tendió a lograr la autorrelocalización de los villeros mediante amenazas y actos de violencia. Esto fue acompañado por una intensa propaganda oficial destinada a probar que los habitantes de estos asentamientos irregulares no eran solamente pobres, sino gente culturalmente inepta para la

vida urbana, aprovechadores de las ventajas de vivir en la villa (gratuidad de los terrenos, no pago de impuestos ni servicios) en el mejor de los casos, cuando no lisa y llanamente delincuentes(Oszlak,1989).

Restablecida la democracia, surgieron algunos replanteos de la cuestión a través de diversos planes de gobierno, de eficacia limitada en función de las progresivas políticas de ajuste. Para dar cuenta de la escasa repercusión del tema en el conjunto de la ciudadanía, debemos considerar como ésta visualiza el problema. La villa es, para quienes viven fuera de ella, el reverso de la vida ciudadana, el lugar en que las normas sociales brillan por su ausencia. En este sentido, la construcción de imágenes estigmatizantes por parte de la dictadura reciente, resultó eficaz porque se asentaba en prejuicios sólidamente establecidos. Para muchos de nuestros interlocutores ocasionales, como el pequeño comerciante, el taxista o el vendedor, los excluidos del sistema urbano son simplemente «los negros de la villa», que sin duda tienen menos derechos que los «buenos ciudadanos».

Compartimos con los habitantes de una villa la experiencia de ver un programa de actualidades por televisión. La villa había sido objeto de una razzia policial por hechos de violencia que, entre otras cosas resultaron en la muerte de un policía. Los villeros se ven a sí mismos en el noticiero, retratados en una imagen distorsionada, tendiente a mostrar el operativo como un «desembarco» policial en la tierra de nadie. Policías de civil armados, recorren los pasillos con actitudes dignas de series policiales televisivas. «El peligro acecha», es el mensaje disparado permanentemente por las cámaras. Los villeros reconstruyen para nosotros toda la historia, en que la policía no ha sido ajena en absoluto al hecho de violencia; en turbias cuestiones de drogas y bandas rivales, confusiones originadas en una patrulla de vigilancia barrial armada por la misma fuerza policial. Todos conocen al policía que se muestra reptando agazapado como si estuviera en una trinchera de guerra. Saben por otra parte que antes de lanzar la «expedición de desembarco» la policía avisó al canal de televisión, que así pudo montar tranquila y eficientemente sus cámaras y puestos móviles con la suficiente antelación.

Comprenden entonces , sin haber leído a ningún semiólogo, que los medios informativos son máquinas de producción de la realidad social, y que el acontecimiento construido a través de la cámara y el relato no es comparable con el acontecimiento realmente vivido . La pantalla del televisor es ahora un espejo distorsionante, la identidad de los habitantes de la villa pierde sus pun-

tos habituales de apoyo, los vecinos se transforman en personajes de telenovela y todos aquellos que vieron durante años «la realidad» a través de la televisión, no sólo dudan de su identidad, sino del mundo circundante.

A través de nuestra experiencia de trabajo, hemos podido constatar que es a través de un acto «delictivo» fundacional (la apropiación ilegal de tierras urbanas) que se constituye esta identidad estigmatizada. Pero también hemos podido constatar que este acto fundacional es en muchas ocasiones un constructo ideológico: la participación del Estado en la constitución, mantenimiento, poblamiento, repoblamiento y administración de las villas ha podido ser reconstruida en innumerables casos. En cierta medida esta «ciudad ilegal» (como la denominan Hardoy y Satterthwaite, 1987) es en gran medida producida y reproducida por el Estado mismo, que reiteradamente ha alentado esta solución extraoficial, controlando además a la población de estos asentamientos, e incluso «adjudicando» viviendas precarias en sitios «ilegales» como forma marginal de asistencialismo.

La villa en que realizamos nuestra investigación constituye un ejemplo evidente de lo dicho. La Cava se formó en los años 40, cuando la empresa Obras Sanitarias de la Nación realizaba excavaciones para obtener tierra laterítica destinada a los filtros potabilizadores de agua. Se dio entonces permisos de ocupación precaria a los obreros que trabajaban en la excavación, quienes fueron ocupando las zonas periféricas de la manzana, demarcando lotes de tamaño considerable en relación al patrón exiguo de las viviendas actuales. Posteriormente, la necesidad de desplazar pobladores precariamente asentados en terrenos necesarios para la construcción del ramal Norte de la ruta Panamericana, fue resuelta por la intendencia municipal mediante el traslado a la zona en que se habían asentado los trabajadores de Obras Sanitarias. La villa, pues, ha sido originada directamente en la acción del Estado.⁵

Pero eso no es todo. En la actualidad el municipio ejerce control sobre las viviendas existentes, registra cuales se desocupan, y en varios casos ha llegado a adjudicar viviendas de villa a familias consideradas merecedoras de ello.

C) LOS VILLEROS: POBRES ASISTIDOS

El villero es asistido, a través de programas estatales de acción social. En la concepción de los agentes encargados de estos planes, muchas veces es

asimilado a un menor de edad. Debe ser educado. Nos dice una Asistente Social, responsable de un Comedor Comunitario: «No saben comer, hay que educarlos, algunos no se lavan las manos. Y la comida es tan buena que a los que no comen todo les saco el postre» (se refiere a personas adultas).

Divide a los asistidos en «rescatables» y «crónicos». Los primeros son temporariamente asistidos por atravesar situaciones coyunturales de desempleo, y cuando las solucionan dejan el servicio de comedor. Pero los «crónicos»...participan de los estereotipos habituales de los villeros. Acostumbrados a pedir, no buscan trabajo porque saben que los van a ayudar. Por supuesto el comedor sólo recibe a las madres y sus hijos. No a los hombres «para no fomentar la vagancia». Algunos miembros de estos equipos asistenciales añoran las épocas de los gobiernos militares, «porque se le daba a los que lo merecían, a los que cumplían y tenían buena conducta...ahora se ayuda a cualquiera». «Continuamente esperan que les den las cosas..así ven ellos el mundo»

En general se pone el énfasis en que «se trata de un problema de hábitos y no de economía», que las villas existen por el sustrato de una «cultura provinciana» de migrantes de zonas rurales, que es además inmodificable.

DE LA VILLA AL BARRIO

Hace aproximadamente cuatro años, unas trescientas familias provenientes de la villa de emergencia «La Cava», en el partido de San Isidro, fueron realojadas en un conjunto habitacional construido y adjudicado por el Estado (interviniendo la Nación, la Provincia y el Municipio en diverso grado). La posesión de las nuevas viviendas debía significar para estas familias pasar de la precariedad e ilegalidad de su situación anterior, a un asentamiento legal dotado además de los servicios que constituyen el equipamiento mínimo urbano.

Las unidades fueron adjudicadas a todas aquellas familias ubicadas en un segmento de la villa que debía ser liberado para continuar el plan de construcción de viviendas. Esto significó que una decisión administrativa determinara quienes serían los destinatarios de las nuevas viviendas. El pasaje «de la villa al barrio» no ha sido el producto de estrategias familiares de movilidad ascendente, ni de acciones de movilización colectiva, sino más bien un

epifenómeno de mecanismos de legitimación política del Estado, que ha puesto especial énfasis en la necesidad de promover el mejoramiento de las condiciones de vida de la población marginalizada, a través de planes especiales de vivienda. Dichos planes, son a todas luces insuficientes debido al escaso número de unidades que se construyen. No se ha dado en consecuencia, un proceso de movilidad selectiva e individual, emergente de estrategias familiares, sino en todo caso, una movilidad ex-post-facto.

¿Significó este hecho un incentivo para replantear estrategias de vida?
¿Se percibe el entorno físico y social de otra manera desde el nuevo habitat?
¿Se avizoran mejores perspectivas? ¿Qué relación se da entre las posibilidades de lograr una desmarginación estable y el acceso a una vivienda no marginal?

Frecuentemente los estudios han encontrado que la condición de «villero» implica actitudes de rechazo y hostilidad por parte de los habitantes de la ciudad que, a veces, se manifiesta en una conducta discriminatoria tendiente a la exclusión de los habitantes de las villas miseria de cualquier participación en la sociedad urbana (Cf. p. ej. Mc Ewen, 1971, Guber 1991). Debemos preguntarnos si esta identidad hecha de rasgos negativos, a la que ha contribuido no poco el gobierno en períodos recientes (cf. al respecto Oszlak, 1991), no perdura más allá de la relocalización, acompañando a los pobladores en su nuevo habitat. En barrios de reasentamiento, persiste hasta hoy la «marca» de que fueron adjudicados a «gente de villa». (Cf. Herrán 1994).

En el caso que nos ocupa, las nuevas viviendas se hallan ubicadas frente a la villa. El origen de sus pobladores es bien conocido en el vecindario, dado que las mismas autoridades se han ocupado de divulgar la obra realizada en beneficio de los marginados. Y esto señala una diferencia importante respecto de las estrategias individuales de movilidad social: cuando los mecanismos de movilidad social han operado en forma selectiva e individual, el ocultamiento de la identidad social previa forma parte de las reglas del juego (Herrán, 1994, cit.). Enviar a los hijos a escuelas privadas lejos de la villa donde se pueda mantener oculta la condición de villero, mudarse a barrios lejanos donde los vecinos, son desconocidos, son algunas de las estrategias posibles para comenzar una nueva vida liberados del estigma. Familias provenientes de villas trasladadas a terrenos propios o casas de parientes en camiones del Ejército, en el marco del Plan de Erradicación de Villas de Emergencia vigente durante el gobierno de facto del General Onganía, aceptaban este medio de traslado siem-

pre que se hiciera en horas de la noche, para evitar que los vecinos descubrieran su condición de ex-villeros (Oszlak,1989)

Las consecuencias prácticas de estos estereotipos aparecen en múltiples instancias. Cuando una fundación vinculada a la Iglesia Católica promovió la reubicación de unas treinta familias en un barrio de la zona norte a través de un proyecto de autoconstrucción asistida, los potenciales vecinos del nuevo asentamiento se movilizaron masivamente para protestar ante la perspectiva de tener por vecinos a ex-pobladores de la «tristemente célebre villa La Cava», según rezaba un volante impreso. Este episodio no es un hecho aislado. En la última década las invasiones organizadas de tierras (modalidad conocida ahora como «asentamientos») fueron resistidas en forma durísima por los vecinos de los lugares de asentamiento.

Además de cuestionar la efectividad de la desmarginación en vista de lo que hemos expuesto, se plantea una cuestión que hace a la dinámica interna de la población villera. Los habitantes de La Cava tiene una doble inserción en sistemas de protección ante crisis tales que el grupo familiar no pueda resolver por sí mismo (muerte del jefe o cónyuge, enfermedad o desempleo prolongados, etc.). Por una parte, el funcionamiento de las redes solidarias vecinales o parentales constituye un «seguro social informal» (matizado por mecanismos de clientela política que no son totalmente «formales»). Las familias de menores recursos rara vez dependen de estas estrategias de supervivencia: clásicamente descritas para el caso de México por Larissa Lomnitz, incluyen la operación de mecanismos de reciprocidad que constituyen sistemas de «seguro social informal», (en una línea teórica de hondo arraigo en la antropología desde Malinowski a Sahlins, pasando por Mauss y Polanyi). A ello deben sumarse mecanismos de incorporación a los circuitos asistenciales estatales o privados, ligados a menudo a modalidades de co-optación política.

El peso de esta presencia del Estado, se refuerza por la ubicación geográfica de la villa. La Cava se encuentra en San Isidro, uno de los municipios «ricos» del conurbano, cuya capacidad de redistribución es superior a la de la mayoría. Podemos decir entonces que las villas miseria del distrito se encuentran especialmente asistidas. Se plantea entonces un doble interrogante: ¿ Los habitantes del nuevo barrio continuarán inmersos en las redes de reciprocidad vecinales, o crearán otras nuevas? La condición de habitantes de un barrio no marginal, ¿los privará de la asistencia del estado?.

En términos de Robert Castel, la nueva comunidad puede caer en la zona de vulnerabilidad, saliendo de la zona de asistencia en la que se halla inmersa la villa. Al aislamiento relacional (de las redes familiares/vecinales), se suma el retiro de la asistencia social, por lo cual se podría llegar a una desafiliación, compensada sólo por una vivienda (mejor en calidad, y equipamiento y dotada de legitimidad), pero que genera inevitablemente nuevos gastos (por lo menos el pago de servicios e impuestos) previamente inexistentes.

En relación con la incidencia de la nueva situación sobre el acceso al mercado de trabajo, el tiempo nos dirá si la residencia en el nuevo barrio genera mejores oportunidades de empleo, a partir de la pertenencia a un segmento del espacio urbano socialmente aceptado. En caso de no ser así, la persistencia en la inestabilidad laboral, unida a la pérdida o deterioro de las redes de reciprocidad y la disminución de la asistencia estatal y/o privada, pueden llevar a la doble desafiliación (laboral y relacional), que constituyen, para Castel, la caída en la marginalidad profunda.

En síntesis:

-Se trata un proceso de relocalización urbana que afecta a un conjunto de familias caracterizadas socialmente como pertenecientes a un sector social de extrema pobreza, que viven en un asentamiento ilegal en condiciones desfavorables.

-La comunidad circundante alberga sentimientos de temor, hostilidad y menosprecio que son constitutivos de una identidad social estigmatizada.

-El proceso de relocalización se ha realizado bajo condiciones sociopolíticas diferentes a las de otros planes de erradicación anteriores (generalmente ejecutados bajo gobiernos militares).

-La participación de la población involucrada ha sido nula, si bien en el tramo de adjudicación final se dio participación a las fuerzas políticas de la villa. Esto se debió a que la adjudicación coincidió con el cambio de gobierno en la Provincia de Buenos Aires.

REASENTAMIENTOS FORZADOS: STRESS MULTIDIMENSIONAL

El caso que estamos analizando, puede mirarse desde dos puntos de vista opuestos. El plan de gobierno que relocalizó parcialmente a la población de la villa, creó «cartográficamente» un conjunto de beneficiarios, que objetivamente reciben viviendas de buena calidad, provistas de servicios esenciales y, sobre todo, dotadas de legalidad jurídica.

Pero los residentes en el área que fue relocalizada no pudieron ejercer opción alguna: no tuvieron la posibilidad de permanecer en su vivienda anterior (que por otra parte fue destruida). Es decir que los relocalizados no eligieron: fueron elegidos.

Las relocalizaciones forzadas han sido objeto de numerosos estudios, especialmente en relación a las relocalizaciones por grandes obras hidroeléctricas. Sostiene Leopoldo Bartolomé que los procesos de relocalización de villas de emergencia del Gran Buenos Aires, si bien no revistieron características de inevitabilidad y globalidad tan absolutas como los de las presas hidroeléctricas colocaron a los afectados en situaciones similares a las de estos últimos (Bartolomé, 1985). Al analizar los efectos de la relocalización compulsiva, sostiene este autor que «el desarraigo masivo y forzoso constituye una agresión total -en el sentido biológico- sobre el individuo y el cuerpo social. Agresión que genera las capacidades de adaptación de individuos y colectividades» (Bartolomé, cit.). La caracterización hecha por Scudder de esta agresión como generadora de un stress multidimensional de relocalización, con componentes fisiológicos, psicológicos y socioculturales, se ve agravada cuando la población afectada se recluta entre los sectores más pobres y con menor peso político dentro de una sociedad (Cf. Bartolomé, cit.)

RELOCALIZACIONES Y DESMARGINACIÓN

Podemos establecer tres diferentes tipos de instancias en las cuales las familias de estos asentamientos marginales pasan a residir en viviendas legalmente integradas en el conjunto urbano.

En primer lugar, destacamos la movilidad individual, generada en estrategias familiares, a veces largamente planificada. En estos casos la etapa villera es un episodio transitorio, que permite realizar un ahorro con vistas a

lograr la inserción en ámbitos más aceptables del sistema urbano. Alison Mc Ewen ha realizado observaciones al respecto en su trabajo realizado en una villa miseria ubicada en los suburbios de San Pedro, provincia de Buenos Aires. Sostiene esta autora que en la villa hay un proceso de movilidad interna, que representa la integración paulatina de una minoría «con la ciudad». Este proceso, «culmina con la entrada en la clase obrera mediante el empleo estable y la mudanza a áreas obreras consideradas respetables dentro de la ciudad». Señala además que este proceso de movilidad, que afectaba anualmente a un tres por ciento de la población total de la villa, era suficiente «para dar la ilusión a un grupo grande de ellos, de que realmente existía la posibilidad de una salida de su situación». Todo ello implica un proceso de integración selectiva e individual, en que se pone el énfasis en la movilidad social y no grupal (Mc Ewen, 1971).

En segundo lugar, los proyectos de autoconstrucción asistida, frecuentemente promovidos por agencias de promoción social, habitualmente vinculadas a grupos religiosos. La característica principal de esta modalidad, es que se trata, a diferencia del caso anterior, de un proceso selectivo colectivo. No todos participan del proyecto, sólo aquellos que optan por el mismo, pero la acción es organizada colectivamente, y se basa en pautas de trabajo solidario. Podemos ejemplificar ésto con los casos analizados en una investigación, que analiza cinco experiencias de autoconstrucción en que la movilidad se da en forma colectiva, aunque selectiva (Cuenya, Pastrana y Yujnovsky, 1984). En todos los casos analizados, la solidaridad vecinal necesaria para cada emprendimiento, ha sido posible gracias a la mediación de alguna institución (generalmente ligada a la Iglesia católica). Es interesante contrastar ambos enfoques, dado que la tesis de Mc Ewen es que la expectativa de movilidad individual constituye un freno a la solidaridad, mientras que en el otro trabajo mencionado, la aparición de un agente externo actuó como catalizador que hizo posible generar la necesaria organización para desarrollar una salida exitosa de la villa.

El estudio mencionado establecer una conexión directa entre la identidad estigmatizada del villero y la motivación para participar en programas de este tipo. Los vecinos, según se plantea, reaccionaron ante el carácter estigmatizado de la identidad social de los villeros. Al respecto se recogen testimonios en que los vecinos recordaban que durante su residencia en la villa tenían vergüenza de decir donde vivían, no podían invitar a su casa a los compañeros de sus hijos, etc. (cf. Cuenya et al., 1984). Esta autoimagen ha sido, según plan-

tean los autores del trabajo, un incentivo poderoso para participar en las cooperativas de autoconstrucción asistida. Los informantes, ya residentes en el nuevo barrio, reflexionan sobre la situación anterior y la comparan con su nueva vida. Aún reconociendo que pueden haber perdido en comodidad de la ubicación geográfica, hablan de su «reintegración a la sociedad» (p.60), «empezar una vida distinta» (p.169), «invertir ahorros para mejorar sus casas», etc. Es importante insistir en que, de todos modos, este caso muestra una movilidad social que aún siendo colectiva, ha sido selectiva. No todos los villeros han participado en la autoconstrucción y consiguiente relocalización. Existe una clara relación entre lo que hemos planteado anteriormente con referencia a la identidad de los villeros: identidad no asumida, y que se atribuye con todos sus rasgos peyorativos a sus propios vecinos. Los mismos entrevistados en el nuevo barrio, sostienen que «hay villeros que son villeros de alma.. y hay gente como nosotros...que somos villeros por las circunstancias» (p.174).

Surge entonces el interrogante acerca de los «villeros de alma». Con este término, que expresa además algo así como «no todos los villeros son villeros» se reafirma lo que mencionábamos en párrafos anteriores respecto a la complejidad de la cuestión de la identidad de los villeros. Hay una identidad social, en la cual no todos quieren reconocerse, pero por otra parte esta identidad está ligada indisolublemente a la condición de pobre asistido, beneficiario de la acción de los organismos de asistencia social.

En tercer lugar, relocalizaciones masivas, no selectivas, planificadas desde el Estado con escasa o nula participación de la población involucrada. La actitud de la población en estos casos (y estamos comparando experiencias de investigación tanto en relocalizaciones masivas por proyectos hidroeléctricos como por planes de vivienda para sectores marginalizados) ha sido a veces de resistencia, pero más frecuentemente de pasividad: «cuándo nos sacan, cuándo nos llevan, qué nos dan»). En oposición a las otras modalidades comentadas, este tipo de proyecto tiene como características fundamentales, la no-selectividad y la no-participación.

Es particularmente notable que la misma característica presente en los planes de erradicación de villas de emergencia ejecutados durante los gobiernos militares, se reproduzca en el accionar de un gobierno democrático. Sin duda juegan otros factores: la necesidad de confiar en sectores técnicos eficientes para planificar viviendas y acciones de traslado, y la no menos importante necesidad de mantener el control político del proyecto. Pero también debemos

llamar la atención al mantenimiento de formas políticas que pueden referirse a la pervivencia de una cultura autoritaria en el manejo de la vida de los sectores de extrema pobreza. En este aspecto juega un importante papel el aporte de la visión asistencialista a la construcción de la identidad villera: como hemos mencionado anteriormente, el villero entra en la «zona de asistencia» como alguien que debe ser educado. Debe ser asistido porque no cuenta con recursos «culturales» para hacer frente a su situación. Ha conformado una personalidad dependiente que lo inhabilita, al igual que un menor de edad, para opinar o tomar decisiones. Este enfoque asistencialista se basa en consideraciones similares a las que dieron origen al concepto de «cultura de la pobreza», y resultan evidentemente en la marginación de los pobladores cuando se debe planificar una relocalización.

Que una relocalización no participativa está condenada al fracaso, es moneda corriente entre los expertos, y ha pasado a formar parte de la copiosa literatura producida al respecto por organismos como el Banco Mundial. En los proyectos de relocalización, se sostiene, la participación «debe ser una actividad permanente que no sea un fin en sí mismo sino un medio para alcanzar una meta...El proyecto resultante será entonces un compromiso alcanzado por los grupos corporativos participantes» (Cf. Cernea en Partridge, 1985)

La no-participación, en suma se encuentra estrechamente ligada a la identidad conformada por el enfoque asistencialista. La idea compartida por sectores exteriores e interiores de la villa, de que algunos son «villeros de alma», ha tenido su contraparte en el concepto de «cultura de la pobreza» surgido en los años 60.

¿Cuál es la relación entre el ser «villeros de alma» y la cultura de la pobreza? Se puede sintetizar esta idea, diciendo que este conjunto de rasgos, según Lewis, una vez que llega a conformarse, tiende a perpetuarse a través del tiempo, independientemente de los cambios en las circunstancias de la gente. Lewis considera a este conjunto como una subcultura, que se perpetúa intergeneracionalmente. Indica que cuando un niño llega a los seis o siete años, ya ha sido irreversiblemente moldeado en la cultura de la pobreza. Es por ello que un individuo formado en esta subcultura es incapaz de aprovechar las circunstancias cambiantes de manera favorable (Lewis, *passim*).

A este modelo «culturalista» de Lewis se opuso en la polémica una explicación «estructuralista», que puso el énfasis en que la situación de los po-

bres está determinada por las condiciones económicas establecidas por la sociedad global.

Los principales críticos de Lewis, han sostenido que su énfasis en la autopropagación de la cultura de la pobreza, fue el punto de partida para la elaboración de programas específicos de lucha contra la pobreza. Muchos de ellos fueron diseñados para cambiar la conducta y los valores de los pobres: incluían programas de educación, capacitación laboral y acción comunitaria. La influencia de Lewis habría sido decisiva en el enfoque psiquiátrico o de trabajo social como única forma de cambiar la cultura de la pobreza. De este modo fueron explicados los fracasos en los programas de educación, salud y capacitación laboral: no se echa la culpa a los programas sino a sus destinatarios. (Cf. Eames y Goode, 1980).

Es probable, de todos modos, que los académicos que intervinieron en el debate otorguen demasiado crédito a los científicos sociales en lo que se refiere a su influencia sobre las políticas públicas diseñadas en base a la noción de la pobreza como cultura autopropagada (Cf. Valentine, 1972:100-102).

En el caso de la Argentina, sin poder asegurar que se hayan dado influencias intelectuales de este tipo, los planes de erradicación de villas de emergencia llevados a cabo durante el gobierno militar imperante entre 1966 y 1973, adoptaron un enfoque ciertamente culturalista: las erradicaciones debían incluir un intenso período de trabajo social con apoyo psicológico, a fin de adaptar a los villeros a un modo de vida plenamente urbano, que los haría merecedores de viviendas de tipo monoblock. En el siguiente período militar (1976-1983), las políticas públicas transitaron por carriles muy distintos, siendo su común denominador la violencia de Estado, ejercida de diversas maneras (Cf. Oszlak, 1991).

POST-RELOCALIZACIONES, NUEVA VIVIENDA O NUEVA IDENTIDAD?

El reasentamiento de la población villera puede afectar a las unidades familiares en dos aspectos. Por una parte, incide en la pérdida de las redes de solidaridad social de las que dependen para su supervivencia. Por otra parte, al perder su condición de villeros (al menos para los organismos públicos), pueden quedar fuera de los circuitos asistenciales, que a menudo se entremezclan con los mecanismos de clientela política. Estas consecuencias se pueden

apreciar en el período posterior al reasentamiento, y tal como venimos exponiendo, es probable que sean diferentes según la relocalización haya sido voluntaria o involuntaria.

Los estudios de erradicaciones o relocalizaciones de población proveniente de villas de emergencia, no han realizado hasta el presente una investigación sistemática de las post-relocalizaciones. La adaptación de los relocalizados a las nuevas condiciones de vida, ha sido objeto de numerosas investigaciones en relación con los traslados masivos de población vinculados a grandes obras hidroeléctricas. Considerados como procesos lentos, prolongados y traumáticos, las post-relocalizaciones abarcan periodos que en algunos casos se estiman en décadas. Los traslados masivos involuntarios han sido considerados como procesos de cambio social acelerado. Sus efectos disruptivos han sido destacados en numerosas oportunidades: Scudder y Colson en sus estudios de represas africanas, Barabas y M. Bartolomé para el caso de México, y L. Bartolomé sobre el impacto anticipado de la relocalización en la ciudad de Posadas, constituyen algunos ejemplos representativos de esta clase de estudios (Cf. Scudder y Colson 1972; Barabas y Bartolomé 1973 y L. Bartolomé, 1983, 1984.) Este último autor se ha ocupado especialmente del impacto de las relocalizaciones sobre los sistemas de supervivencia de los pobres urbanos. Pone el acento sobre la desestructuración y atomización de las redes de ayuda mutua que permiten a estos sectores sociales sobrevivir, a pesar de su crítica situación económica.

En el caso que nos ocupa es conveniente una visión sintética del proceso político que acompañó a la relocalización para comprender más acabadamente algunas de sus consecuencias posteriores. Como señalamos al comienzo, el proyecto previó desalojar un área de la villa expropiando terrenos cercanos, para continuar luego construyendo viviendas en las áreas que se iban despejando. A raíz de esta planificación no-selectiva, el gobierno local queda atrapado en la disyuntiva de cumplir con un proyecto general, a largo plazo (reubicar totalmente a la población de la villa en el mismo lugar en que estaba, en viviendas planificadas) o cumplir sus compromisos inmediatos con su clientela política. La solución inicial consistió en elaborar un «mapa de ubicación» las familias residentes en el área a relocalizar, insertando a unas 50 unidades correspondientes a favorecidos políticos, residentes en otros sectores de la villa. Cuando el oficialismo radical pierde las elecciones provinciales en 1987, el justicialismo triunfante realiza una revisión de las adjudicaciones, utilizando para tal fin a sus operadores políticos residentes en la villa.

Durante los años de construcción de las nuevas viviendas, los villeros residentes calle de por medio, contemplaban a diario la lenta marcha del conjunto habitacional. ¿Serán para nosotros? se preguntaban entre incrédulos y esperanzados. Nuestros interlocutores suponían que al menos parte de las viviendas serían «para los radicales». Pero sin embargo, manifestaban que lo importante era que fueran «para la gente de la villa»(radicales o no). Había dudas acerca de que se pudiera traer gente de otros lados.

Finalmente, la obtención de estas viviendas no significó automáticamente la desmarginación: de las familias relocalizadas (según datos recogidos en el terreno), algunas regresaron al poco tiempo a la villa, malvendiendo los departamentos adjudicados. Actualmente se estima que el 30 por ciento de los relocalizados regresó a la villa o abandonó el lugar. Algunos sostienen haber tomado conciencia de su pobreza al ubicar sus escasas pertenencias en la nueva vivienda. ¿Cómo explican esta situación los operadores políticos que intervinieron en la adjudicación final de las viviendas?

«Después de lo que pasó [la depuración del padrón eliminando aquellas familias que no residían estrictamente en el sector afectado al proyecto] había que llevarlos a todos. No le podíamos decir a uno ‘vos sos demasiado indio’, o ‘vos sos demasiado borracho’. Y ahí vemos el resultado. Gente que vendió el departamento por 300 pesos, por 1000 pesos y se volvió a la villa. Pero qué podíamos esperar si hubo gente que lo único que tenía era el elástico de la cama puesto arriba de cuatro ladrillos. Y así como entró con el mismo elástico se volvió a la villa. Otro que los únicos ‘muebles’ que tenía eran cajones de fruta. ¿Sabe lo que me decía una señora el otro día? ‘Ahora me doy cuenta de lo pobre que soy’ Había puesto una bolsa en la ventana y esa era la única cortina que tenía»

Las viviendas originales de estos renunciantes al proyecto ya no existen. Deben negociar con otros habitantes mecanismos de compensación, buscar otras viviendas en la villa o fuera de ella o en otra villa. Esto es posible por la existencia de un mercado interno de las viviendas villeras en permanente movimiento. Los residentes en zonas desfavorables dentro de la misma villa (que está notablemente estratificada en sectores buenos, regulares y malos) pueden aspirar a mejorar sus condiciones de vida trasladándose a los lugares más favorables.

«Ahora me doy cuenta lo pobre que soy». Una vez más la identidad se construye desde el contexto. Pero no es sólo cuestión de mobiliario. La nueva

condición exige pago de impuestos y servicios y no prevé ningún régimen de excepción para aquellos imposibilitados de hacerlo.

CONCLUSIÓN: IDENTIDADES EN CRISIS

En esta breve presentación hemos tratado de reflexionar a partir de un caso empírico, acerca de las consecuencias de un cambio de habitat, cuando la identidad está definida espacialmente. En el caso de los villeros, el ser social está profundamente ligado al segmento urbano en que le ha tocado vivir. Vive en un espacio estigmatizado, y es él también estigmatizado. Ambiguamente, se ve a sí mismo tal como lo ven los demás y trata al mismo tiempo de ser otro, de proclamar que no es un villero. Pero no puede prescindir de esta condición para no quedar fuera del circuito asistencial, ni tampoco puede prescindir de las redes vecinales de intercambio de bienes y servicios que constituyen su seguro social informal que garantiza su supervivencia.

El cambio de habitat, es en muchos casos traumático. El relocalizado no soporta la nueva situación. No la soporta en parte por razones económicas, y en parte porque su nueva identidad tiene algo de ajeno, de prestado. Regresar a la villa es regresar a sus parámetros habituales, a sobrevivir como sabe hacerlo, poniendo en juego saberes y estrategias de supervivencia desarrolladas durante largo tiempo.

Pero no debemos olvidar que hay un 70 por ciento de ex-villeros que permanecieron en las nuevas viviendas. Que hoy en día se encuentran en una situación que podríamos llamar de «liminalidad», en palabras de Víctor Turner. La liminalidad, el no estar todavía totalmente fuera de la situación anterior, ni totalmente dentro de la nueva, esta situación de riesgo para la cual fueron creados los ritos de pasaje, crea una situación de expectativa. Sabemos que los procesos de post-relocalización son prolongados, se dice que transcurren décadas hasta que se recomponen las estructuras comunitarias.

Mientras tanto, los relocalizados esperan que la comunidad circundante los considere plenos ciudadanos, que abandone los estereotipos, que el lugar de su nueva vivienda se libere del estigma y les permite recomponer plenamente una identidad ciudadana.

Notas

- ¹ Ver Enciclopedia Salvat, Barcelona 1978.
- ² idem Salvat, op. cit.
- ³ Salvat, op. cit.
- ⁴ La cuestión es un poco más compleja y menos dicotómica: no sólo es cuestión de "los de adentro y los de afuera". Hace algunos años, realizando encuestas en villas de la zona Sur del Gran Buenos Aires, preguntaba a uno de los pobladores si tendría interés en integrarse en un programa de viviendas conjuntamente con sus vecinos. La respuesta fue "¿Con estos negros?" ¿No ve que yo soy blanco. Yo soy hijo de españoles". Nuestro ocasional interlocutor llevaba catorce años viviendo en la villa
- ⁵ Esta dimensión de la investigación fue rastreada especialmente por María Rosa Neufeld, como parte integrante del proyecto "La Lucha por el espacio urbano".

BIBLIOGRAFÍA

BARABAS, A. y BARTOLOMÉ, M.

1973 *Hydraulic Development and Ethnocide: the Mazatec and Chinontec of Oaxaca, Mexico*. IWGYA Document N° 15, Copenhagen.

BARTOLOMÉ, L. J.

1985 *Relocalizados. Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. Buenos Aires, Eds. IDES.

CASABONA, V. y GUBER, R.

1985 «Marginalidad e Integración: una falsa disyuntiva». En Bartolomé, cit.

CASTEL, R.

1991 «Los procesos de marginalización», en Topia. Año 1. No 1. Buenos Aires.

CUENYA, B., PASTRANA, E. y YUJNOVSKY, O.

1984 «De la villa miseria al barrio autoconstruido». Centro de Estudios Urbanos y regionales. Buenos Aires.

GEERTZ, C.

1987. *La interpretación de las culturas*. Barcelona. Gedisa.

GEERTZ C.

1994 *Conocimiento local*. PAIDOS, Barcelona.

GOFFMAN, E.

1970 *Estigmas Buenos Aires, Amorrortu*.

GOFFMAN, E.

1974 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.

GUBER, R.

1991 «Villeros o cuando querer no es poder». En Gravano, Ariel, Rosana Guber :Barrio sí, Villa también. Buenos Aires, CEAL.

HERRÁN, C.

1993 «Modernizzazione ed esclusione urbana: prospettive antropologiche della Grande Buenos Aires». en *La Ricerca Folclorica*, N° 28, octubre.

HARDOY, J. E. y SATTERTHWAITE, D.

1987 *La ciudad legal y la ciudad ilegal*. Centro Editor latinoamericano. Buenos Aires.

HOBSBAWM, E.

1993-94 «Nación Estado, Etnicidad y Religión: Transformaciones de la Identidad». En ANUARIO, Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario - N° 16.

LEWIS, O.

1965 *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. Fondo de Cultura Económica. Mexico.

LOMNITZ, L.

1975 «Como sobreviven los marginados». Siglo XXI. Mexico.

MARTIN BARBERO, J.

1992 Prólogo a Silva Armando, cit.

NEUFELD, M. R.

«Medio ambiente, espontaneidad y Estado. Algunas reflexiones sobre la formación de las villas miseria en el conurbano» en Althabe y Herrán (comps). *La lucha por el espacio urbano* (en preparación)

OSZLAK, O.

1991 *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Ed. Humanitas. Buenos Aires.

PARTRIDGE, W.

1985 «Reasentamiento de Comunidades» en Bartolomé, Leopoldo, cit.

SCUDDER, T. y COLSON, E.

1972 »The Kariba Dam Project: Resettlement and Local Initiative» en H.R. Bernard y P. Peltto (comps.) *Technology and Social Change*. New York, Mac Millan.

SILVA, A.

1992 *Imaginario Urbanos*. Bogotá y Sao Paulo. Cultura y Comunicación urbana en América Latina. Bogotá, Tercer Mundo editores, 1992.

VALENTINE, C.

1972 *La cultura de la pobreza*. Buenos Aires, Amorrortu.

ZEMELMAN, H.

1988 «Comentarios para reiniciar un debate» Prólogo a Villasante. Tomás (coord.) *Las ciudades hablan*. Caracas, Editorial Nueva Sociedad.